

Morsamor, una lectura ibérica

Muy escasas novelas españolas –muy pocos o ningún libro hispano de alguna entidad– se han de leer en clave ibérica. De modo excepcional en nuestra literatura, la última obra de ficción de Juan Valera está toda ella penetrada de geografía e historia, de sustancia y realidad ibéricas. Su frenética acción discurrirá por paisajes y tierras orientales descubiertos o colonizados por los dos pueblos peninsulares y el censo de sus criaturas estará integrado de hombres y mujeres nacidos en su solar. Armonizando y embelleciendo una historia que tuvo más de un episodio sórdido, los héroes y personajes de la fantástica narración se fundirán en el mismo ideal que presidió, en conjunto, el gran despliegue luso español del otoño medieval y la plenitud renacentista¹.

La conquista e incorporación de continentes y países bajo la enseñanza del catolicismo unió, ciertamente, la política y energías de la acción de uno y otro Estado peninsulares durante los inicios de la Edad Moderna, en gran medida forjada por su trepidante actividad. En este plano, a un tiempo real y convencional, verdadero y legendario, el autor de *Pepita Jiménez* se movía con desembarazo y placer. En estas aguas se habían realizado sus mejores navegaciones tanto literarias como personales. La dura realidad de los antagonismos y disputas entre ambos pueblos en el tránsito del siglo XV al XVI por la supremacía descubridora, el muro de recelos y prejuicios que en casi todo momento los separase, quedaba olvidado en la obra de Valera en beneficio de la común cruzada espiritual que los uniera; empresa de la que también el escritor egabrense sólo registraría su porción más abrigada, al dejar en la penumbra los móviles de descarnado egoísmo y prepotencia que alentaron en ella. Energía, sueños de gloria, espíritu misionero encontraron puntual anotación, eufónica y eufórica, de don Juan de las aventuras de su héroe, el humilde franciscano Miguel de Zuheros, transmutado por parte de santa magia, de la mano de su hermano en religión fray Ambrosio de Utrera, en *Morsamor*. Con muy bajo perfil aparecerán por el contrario, según acabamos de recordar, los aspectos más onero-

¹ S. Miranda García, *Religión y clero en la gran novela española del XIX*. Madrid, 1983, p.

esos que ennegrecieron en múltiples ocasiones este capítulo del pasado de entrambas naciones ibéricas. «No os apesadumbréis tanto, mi buen señor, por los tremendos y feroces que suelen mostrarse en el día los hombres de esta península, engréidos por sus triunfos y por su predominio en la tierra. Al cabo, no sin piadoso designio, entiendo yo que ha dispuesto la Providencia que sean las naciones de Aragón, Portugal y Castilla las que prevalezcan y descuellan en esta edad, todavía algo bárbara y de costumbres poco suaves. El sentimiento y la creencia de la fraternidad y de la igualdad humanas están más hondamente arraigados y grabados en el corazón y en la mente de los pueblos del Mediodía de Europa que en el corazón y en la mente de los pueblos del Norte»².

Más que un tributo a la exaltación de un huero sentimiento nacional y de una concesión al conformismo en el que maduró la mayor parte de la obra valeriana, se ha querido, a las veces, ver en ello un acto del mejor patriotismo. Durante los años en que Portugal y España atravesaban la última etapa de su vía crucis internacional decimonónico, un Valera trotamundos y cosmopolita, de vuelta ya de todos los caminos, quiso dar a los habitantes de una y otra motivos de esperanza y orgullo con la rememoración novelesca de las gestas de sus antepasados. «Con esta novela parece agotarse la vena novelística de Valera. El mágico ensueño de un pasado brillantísimo choca tan fuertemente con la realidad del Desastre nacional que en años sucesivos, los pocos que queden hasta su muerte, ya no podrá escribir más obras de ficción [...] Igual que el escritor ha vuelto la mirada hacia las páginas doradas de la historia patria para escribir *Morsamor*, pueden todos los españoles volverlos hacia el pasado»³.

Pero si en el primer extremo la controversia del sentido y significado de la postrera novela de don Juan se levanta con frecuencia, del segundo cabe decir que es dominio todo él de la polémica. El espíritu noventaichocentista que, tópicamente, se le atribuye a la obra, ha sido, según se sabe, más de una vez objeto de discrepancia por parte de algunos críticos. La larga y discontinua preparación de la obra es tal vez la principal aporía aducida para legitimar una lectura regeneracionista de *Morsamor*. Su argumento y trama se encetaron con anterioridad a los acontecimientos que desembocaron en el desastre ultramarino. Por más que don Juan atisbara con cierta antelación el resultado de la crisis cubana, el núcleo de su novela no puede verse a la luz del desenlace de la guerra antillana y filipina⁴.

² *Morsamor*. Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y Tiburcio de Simahonda. *Barcelona*, 1970, p. 121.

³ *Carmen Bravo Villasante*, Biografía de D. Juan Valera. *Barcelona*, 1959, pp. 321-22.

⁴ *Muy convincentemente lo sostiene así un excelente editor de la obra valeriana: J. B. Avalle-Arce*, *Morsamor*. Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y Tiburcio de Simahonda. Edición, prólogo y notas de... *Barcelona*, 1970, pp. 24-5.

Sus páginas, pues, no se encuentran en verdadera sintonía con el espíritu del 98; bien que no por ello quepa desdeñar el talante *avant la lettre* regeneracionista que recorre muchos de sus textos. El propio escritor, en uno de sus característicos rasgos de nobleza, no quiso incluirse en las principales voces del coro regenerador cuando éste encontraba mayor audiencia en una opinión pública escandalizada y a la búsqueda ansiosa de culpables; aunque también aquí quizá no resulte aconsejable asentir sin reservas a las declaraciones de don Juan, ya que, al leer algunos pasajes de *Morsamor*, resulta sumamente difícil rechazar una interpretación regeneracionista de ciertos lances y discursos: «Pese a Valera, el libro es una transparente alegoría de los errores y triunfos, de los destinos históricos de España, y una incitación a volver sobre la propia intimidad, a intentar la salvación por el espíritu, a no abandonar lo eterno por lo perecedero»⁵. Uno de los pasajes de mayor filiación regeneracionista sería acaso el siguiente: «La mayoría de los hombres consumen la vida en ganarse la vida, y como se la ganan perdiéndola y gastándola, no les queda vida de sobra ni para amar, ni para deleitarse, ni para trazar heroicos planes y realizarlos luego, ni para otros mil asuntos que debemos calificar de lujo y de poesía. La gente humilde y trabajadora, los ganapanes y destripaterrones, que sudan y se afanan para procurarse el sustento, son como las orugas y como los míseros gusanos que se arrastran con lentitud, que se esconden entre el follaje, y que no pueden ejercer otra función sino la de nutrirse, mientras que tú y otros como tú, siempre bien nutridos y exentos de tan ruin cuidado y de menester tan vil, sois como las mariposas, que desplegáis a la luz del sol los nítidos colores de vuestras alas, que voláis entre las flores, que libáis el néctar de sus cálices y que gozáis de amor y de gloria»⁶.

Es, por lo demás, muy comprensible que el análisis tradicional de la obra se haya emprendido desde el punto de vista mencionado. El último gran proyecto novelístico del intelectual más cultivado de su tiempo, diplomático curtido e interesado, por vocación y profesión, por los avatares de la política nacional e internacional a lo largo de medio siglo, no podía permanecer ajeno a las inquietudes de sus contemporáneos, que, oscuramente conscientes, asistían, en la bonanza burguesa de la Restauración, a un recodo en la andadura de su país.

No hay, desde luego, que omitir las perspectivas regeneracionistas que abre cualquier lectura de la novela que nos ocupa. Con todo, lo más acertado para su exacta intelección acaso consista en no primarlas ni aún menos en agotar su significación con dichas claves. Una interpretación exclusiva de la obra desde este ángulo conduciría, por otra parte, a un

⁵ J. M. Fernández Montesinos, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1970, p. 174.

⁶ *Morsamor...*, p. 246.

estudio muy dilatado, pues, así observada, resulta ostensible que son numerosas las claves que cabe detectar en su texto, cuyo desciframiento, por otro lado, aún no se ha acometido. Mas, como ya hemos dicho, una hipertrofia de los elementos regeneradores en la comprensión de la novela valeriana conduciría muy probablemente a una visión deformada. El ánimo doliente y entristecido del Valera jubilado de sus funciones diplomáticas e invadido por la ceguera y los dramas familiares buscó en ella, según confesión suya reiterada, cierta alegría al escribir un libro de «caballería a la moderna» que diera pasatiempo no sólo a su espíritu sino también al no menos conturbado de sus coetáneos más lúcidos⁷. Muchos serán, efectivamente, los símbolos y peripecias que en ella caben referir al mundo novelístico a la vez amado y denostado por Cervantes. Así, por ejemplo, las figuras de Morsamor y su escudero Tiburcio de Simahonda –tal vez el actante más cargado de significación de toda la obra– pueden mirarse, por más de un motivo, como trasunto de Don Quijote y Sancho. No otro carácter debe dársele tampoco a la propia entraña de la regeneración del protagonista y de su retorno a la vida mortal y verdadera, tan parecida en más de un punto a la existencia del caballero manchego. Retorno que, finalmente, cabría entender como un rechazo de todo el espíritu regeneracionista, ya que Morsamor, al trasmutarse de nuevo en el franciscano Miguel de Zuheros, no tiene conciencia clara de haber vivido un sueño o una realidad⁸. Lo lúdico y lo festivo o, si se prefiere, la «ficción libre» de un mundo y un tiempo muy lejanos, en definitiva, la recreación personal y artística de un determinado pasaje de la historia obediente ante todo a las reglas literarias, como forma absorbente y preferentemente, conforme en cualquier otra narración clasificable como de «base histórica», *Morsamor*: y es desde tal comprensión a partir de la cual se deben valorar sus aciertos y yerros y su misma naturaleza de obra esencialmente literaria.

Al margen por entero de lo acabado de exponer, una lectura «regeneracionista» de *Morsamor* llenaría sus páginas, desde la cruz a la raya, de espíritu iberista. Incluso amputando de su texto todo lo concerniente a una respuesta discretamente optimista y una apuesta relativamente esperanzada por el futuro de Portugal y de España después de la crisis del Ultimátum británico y de la pérdida de los últimos territorios ultramarinos, no por ello sus páginas quedarían desprovistas de interés para estudiar el sentimiento iberista en uno de los escritores que más amplia y creadoramente lo entrañaron. En otro lugar, se ha glosado la posición de Don Juan frente a las tesis iberistas de un historiador lusitano por el que

⁷ Cfr. el notable libro de M. Galera Sánchez, Juan Valera, político. Córdoba, 1983, pp. 395-96.

⁸ Cfr. en especial todo el capítulo XLIII de la novela.

manifestó singular predilección: Oliveira Martins. No obstante su carácter ficcional, cabe espigar en Morsamor alguna prueba de este respeto intelectual y alta cualificación científica. Sin preocuparse demasiado de los derechos de paternidad y autoría, Valera glosaría en su novela textos de Oliveira referidos a los siglos XV y XVI, el escritor andaluz a su zaga en la exaltación del Portugal de los descubrimientos, de don Enrique el Navegante, del «Príncipe Perfecto» y de don Manuel II⁹.

Justamente en el reinado de este último se sitúa el escenario de las andanzas de Morsamor en pro de la glorificación de su nombre y del ensanchamiento propio y del de su patria. Sediento de aventuras, tomará como punto de partida la capital que por aquel entonces, en la primera década del Quinientos, había conquistado todos los títulos como Meca de destinos fabulosos y trampolín de las hazañas más inimaginables. Aunque la inspiración, como en muchos otros de los escritos de Valera, no se convirtiese en tal punto en el principal valor de su cuadro de época y éste, incluso, fuera deudor hasta el plagio del fresco que de la Lisboa manuelina trazara Oliveira Martins en una de las páginas más vigorosas de su *Historia de Portugal*, el relato que de la célebre embajada a la Santa Sede de Tristão da Cunha hace Valera es un canto a uno de los momentos estelares de Portugal, vivenciado por su pluma con entusiasmo y calor no muy frecuentes en ella. Ninguna otra exégesis que la de la compenetración más completa con el ideario y los hechos de aquella hora del pasado portugués, es posible efectuar del texto que le consagra-se Valera en la novela objeto de nuestro comentario. El Portugal manuelino así como el de sus más inmediatos antecesores supo encarnar las ansias más profundas de las generaciones europeas del momento, materializando en grandes hechos sus inquietudes e ideales. Éstos no habrían tenido muchas veces plasmación de no alimentarse de los ensueños de fama personal y de celebridad que embargaron la mente de muchos aventureros, partícipes, en ocasiones, de una empresa que les sobrepasaba. Tal semeja ser el caso para Don Juan de su propio héroe, en ningún instante mitificado por una pluma, siempre cáustica y apegada a la realidad incluso al narrar ambientes y personajes envueltos en buena parte por la fantasía y hasta por la fábula, conforme corresponde a los seres novelísticos. «En el año de 1521 era Lisboa la más espléndida, animada, pintoresca y original ciudad de Europa. Fundada sobre varias colinas, se extendía ya por la margen derecha del Tajo, siguiendo su curso hacia el mar. Los palacios y jardines de dicha margen hacían delicioso el camino que iba y va hasta el sitio donde el rey D. Manuel el Dichoso había erigido graciosa y elegante torre, en conmemoración de que allí se embarcó

⁹ J. M. Cuenca Toribio, «Don Juan Valera: una reflexión iberoamericana», Cuadernos Hispanoamericanos, 543 (1995), pp. 121-132.

Vasco de Gama para ir por primera vez a la India, y no lejos el magnífico templo y claustro de Belén, obra de singular y bellísima arquitectura. Frente del más populoso centro de la ciudad, en la opuesta orilla del río, se alzaba la villa de Almada, sobre enriscado promontorio. Y desde allí, mirando en dirección contraria a la que trae el agua, ésta se extiende y la orilla se aleja, formando una extensa y grandiosa bahía, capaz de contener entonces todos los barcos de guerra y comercio que surcaban los mares»¹⁰.

Sin decidirse nunca a perfilar con rasgos nítidos la psicología de Morsamor y la índole de sus empresas, Valera no dejará duda al respecto de la admiración que causaran en su ánimo la naturaleza y tamaño del desbordamiento ecuménico de españoles y, sobre todo, en esta hora, de portugueses. Bien que en algún arrebató y transporte de entusiasmo de su héroe, éste viese España como la espada de la Cristiandad y su abanderada por antonomasia, llamada por un designio divino a regir el mundo y a difundir el Evangelio frente a toda suerte de enemigos interiores y exteriores, el que todo el radio de su segunda existencia se enmarque primordialmente en un universo impregnado de acento lusitano, es incuestionablemente un homenaje de Don Juan a esta luciente página del libro de su historia: «Fray Miguel no veía ni se forjaba en la mente un campeón que todo lo dirigiese y que se llevase la palma. Por debajo del pueblo estaban o surgían todos los campeones. Alborotados los reinos de Castilla y Valencia por las comunidades y germanías, allá en su pensar sigiloso Fray Miguel no estimaba mucho al joven extranjero y ausente emperador. Sospechaba que había de heredar algo de la extravagante locura materna y de la ligera futilidad de su padre, y que una inquietud sin propósito había de tejer la tela de su vida. Pero el pueblo español era grande, y de su seno surgirían adalides que venciesen y dominasen. Ellos derrotarían al turco, que amenazaba la cristiandad; ellos con armas temporales y espirituales, lograrían sofocar la herejía que estaba naciendo en Alemania y que, barbarie mental, ansiaba derrocar el imperio de Roma en los espíritus, como los antiguos bárbaros habían destruido el imperio material de Roma. España, con sus héroes y con sus santos, había de sostener y conservar la unidad divina que informa y da vigor a la civilización europea. Y esta civilización poderosa y benéfica había de continuar difundiéndose por todos los climas y regiones, tierras y mares del mundo que habitamos»¹¹.

Sin duda, el deseo que en buena parte moviera su pluma a escribir *Morsamor* —la reflexión sobre el complejo mundo de las doctrinas teosóficas reverdecidas en el período finisecular—, forzaba de antemano la tra-

¹⁰ Morsamor..., pp. 103-105.

¹¹ Ibid., p. 91.

yectoria de su héroe por la geografía que, a comienzos del Quinientos, se mostraba propicia al diálogo entre filosofías y religiones más depuradas, aparte de las cristianas. Pero también es lícito entender la presencia de Morsamor en la India como un exvoto de don Juan a la cultura portuguesa allí en contacto proselitista con civilizaciones más avanzadas que las americanas¹².

Pero si es claro el simbolismo histórico de Morsamor como un transtunto de la potencia incuestionable de los pueblos peninsulares en el alborar de la modernidad y del esfuerzo desmesurado al servicio de los intereses e ideales que en dicha etapa le impulsaban, es, como ya apuntábamos anteriormente, más discutible que el retorno al convento, una vez degustado el sabor ácido de todas las vanidades y glorias mundanales, entrañase un mensaje de derrotismo o, por mejor decir, de *aurea mediocritas* para dos pueblos, que, a finales del XIX, parecían haber ya recorrido toda su órbita de esplendor y prestigio. La teoría cíclica de la evolución humana, tan recurrente en el pensamiento occidental, acudía a los puntos de la pluma de don Juan para explicar y justificar el peregrinaje de las naciones ibéricas por los caminos de la historia. Grecia, claro está, ocuparía en su reflexión un puesto predominante, dando lugar a las líneas quizá más bellas de una obra de la que a veces estará ya ausente la perfección ática de toda la literatura del autor. Ese acorde final de la novela, al igual que la mayor parte de sus textos regeneracionistas, tiene algo de impostación salvada por el oficio y la gracia de Valera.

En su última recalada en el tema aludido el freno de su pluma es, sin embargo, muy ostensible, ya que, conocedor de la literatura comparatista de las psicologías nacionales que iba a adoptar pronto, según se sabe, carácter casi inundatorio, don Juan, por mor sin duda de no disgresionar en exceso antes de la caída del telón sobre las peripecias de su héroe, dejará de secundar un canto de sirena al que siempre, y en particular en su vejez, había sido muy receptivo. Es lástima, empero, que fuera precisamente aquí donde mostrara algún propósito de enmienda, pues de seguro que sus consideraciones habrían sido muy perspicaces sin embarrullar más de lo hecho ya la trama de una novela caleidoscópica, «...no, no era un arco triunfal el que acababa de erigir y por donde gloriosamente se entraba en la edad moderna. Era más bien puerta con que él cerraba y terminaba un inmenso período histórico, una larga serie de más de treinta siglos, durante los cuales los pueblos que habitan en torno del Mar Mediterráneo habían sido guías, iniciadores, maestros y hierofantes del humano linaje. Egipto, Fenicia, Grecia, Italia y España, habían tenido sucesivamente el primado, el cetro y la virtud civilizadora [...] Acabada

¹² J. M. Cuenca Toribio, Estudios sobre el Portugal contemporáneo, Madrid, 1966.

por él la obra que incumbía a los pueblos meridionales de nuestro continente, la fuerza, el imperio y la inteligencia dominadora iban a pasar a otras manos [...] Y sin aquietarse Morsamor, y pasando adelante en su cavilar lastimoso, supuso, por último, que la ciencia empírica hija del exterior sentido, iba a arrebatarnos el imperio y a dársele a los pueblos del Norte, patentizando el jactancioso embuste de las profecías del Padre Ambrosio»¹³. En un pasaje anterior, don Juan desgranaba las mismas razones, aunque con mayor bataneo de los triunfadores del día y de la época: «Dentro de dos o tres siglos, cuando el corazón humano se ablande mucho con la cultura, acaso sean los pueblos del Norte los que predominen sin horrores ni estragos que hoy causaría su predominio. En el engreimiento del triunfo, tendrían por evidente que eran una raza superior y nos exterminarían a todos sus prójimos no creyéndolos tales, dentro de dos o tres siglos, según ya he dicho, la culta filantropía no consentirá tan horrible caso. Lo más que podrá ocurrir será que con su desdén orgulloso abatan y hundan en la abyección a los pueblos de que se enseñoreen, y que tal vez, predicándoles y enseñándoles doctrinas religiosas contrarias a la fe católica, sin el esplendor artístico y sin la pompa de sus ritos y con un concepto tremendo y duro de la justicia divina, no templada por la misericordia, entristezcan y desesperen a sus catecúmenos y los hagan morir de aburrimiento. Así presumirán ellos que, sin crueldad, van despejando de razas inferiores la superficie de nuestro planeta para que se extienda por toda ella, crezca y se multiplique la raza superior a que pertenecen»¹⁴.

El recuerdo de la mutación última de Don Quijote no abandonará al lector de las páginas finales de la novela de Valera. Idéntica conformidad con el destino, igual resignación ante el incesable mudar de la existencia colectiva, y una melancolía similar, se advierten en la descripción de una y otra conversión. Semejanza que, indudablemente, fuerza también el simbolismo de los dos héroes y de la misma patria de que son exponentes y arquetipos. Si, conforme quiere la mayor y más autoriada porción de los críticos de la obra de Cervantes, ésta no es sino una versión novelada de su trayectoria histórica durante los inicios de los tiempos modernos, subrayándose en el abandono de sus quiméricas empresas la postración y desaliento que comenzaran a dominar a España tras el largo reinado de Felipe II, tal vez, llevados del paralelismo de los héroes, vendría igualmente abandonar toda suerte de reservas y escrúpulos historiográficos y contemplar la novela de Valera como el reflejo novelístico de una España que, desahuciada de su estatuto de gran potencia, debía

¹³ Morsamor..., pp. 308 y 310.

¹⁴ *Ibid*, pp. 121-2.

buscar su felicidad en el marco doméstico, entre las bardas de su corral, alborotado y entrañable.

La lección que el crepúsculo internacional ibérico dictaba a Portugal no era muy distinta. Bien que espíritus de noble linaje predicasen en uno y otro Estado de la Península el *finis Hispaniae*, su pueblo se rebelaría contra tan fatalista mensaje.

Soledad Miranda García